

## RESEÑAS

---



QUINTÍN RACIONERO CARMONA. *La inquietud en el barro. Lecciones de historia de la filosofía antigua y medieval*. Vol. I. El espíritu griego. Madrid: Dykinson (2010), 81 pp. y 4 DVDs.

Cristina García Santos

En el primer volumen de *La inquietud en el barro*, Quintín Racionero nos ofrece una historia de la filosofía griega desde sus inicios hasta el final de la época helenística. La obra recoge en cuatro DVDs las lecciones grabadas por él a lo largo de más de cuarenta horas de docencia, acompañadas por un texto escrito donde se aportan índices y resúmenes de la materia tratada, selecciones bibliográficas generales y especializadas, y un elenco de textos filosóficos representativos de cada momento histórico. Gracias a este formato editorial, ha sido posible dedicar a cada tema un desarrollo amplio y minucioso, sin tener que ceder, como no puede hacerse en este espacio del pensar, a las exigencias del tiempo «corto» y «fragmentado» al que estamos acostumbrados<sup>1</sup>. Además, dicho medio de difusión nos brinda los encantos insustituibles de la comunicación oral —en la que Racionero brilla como pocos—, al tiempo que algunas ventajas de la escritura, tales como la posibilidad de repetir en su exactitud la palabra registrada.

Estas lecciones se dirigen a todo el público interesado en la filosofía y en la cultura antigua y, en particular, a los estudiantes de la asignatura «Historia de la Filosofía Antigua y Medieval» que el catedrático Racionero imparte actualmente en la UNED. Pero, entre los diversos niveles de recepción y los múltiples destinatarios convocados por ellas, los especialistas en el pensamiento griego son, a nuestro juicio, quienes más profundamente recibirán su reclamo y mejor apreciarán su interés. Y es que *La inquietud en el barro*, siendo un vehículo óptimo para iniciar al neófito en el universo de la filosofía griega, al mismo tiempo expone el resultado de un trabajo de investigación original, consistente, madurado a través de los años y ricamente documentado y justificado. Basta con reparar en la «hechura» de esta obra para comprender lo mucho que la separa de un manual convencional de historia de la filosofía: para empezar, su autor no oculta en

---

<sup>1</sup> Cf. Q. Racionero, *La inquietud en el barro*, op. cit., p. 13.

ningún caso la complejidad de los temas que aborda, ni se refugia en los tópicos instituidos al respecto (antes bien, se ocupa analizar la genealogía de dichos tópicos); además, aquí las creaciones de los pensadores griegos son cuidadosamente remontadas al contexto preciso de su nacimiento y explicadas en su condición de respuesta a problemas reales y concretos (lo que da lugar a una argumentación bastante más densa de la que exigiría entender la mera lógica interna de una doctrina o de una tradición doctrinal); en coherencia con ello, Racionero explicita en cada punto las fuentes textuales que respaldan su interpretación (algo que sólo es posible porque las conoce en profundidad, de primera mano y en su lengua original); y —lo que es más importante—, partiendo de otras investigaciones recientes en este campo, el presente estudio logra fraguar un planteamiento inédito, capaz de abrir una nueva brecha en la delicada y relevante cuestión del significado de la filosofía griega.

La medida de un trabajo de tales características puede verse reflejada en las reflexiones que su autor presenta al comienzo del mismo acerca de la situación actual de las Humanidades. Racionero advierte de dos peligros que acechan a la investigación y a la enseñanza en este ámbito. El primero de ellos tiene que ver con la creciente especialización, por culpa de la cual a menudo los fenómenos culturales son reducidos a la estrecha óptica de una sola disciplina, cuando en realidad su conformación y su sentido obedecen a una trama de factores de diversa índole, y por tanto sólo pueden llegar a entenderse desde un enfoque interdisciplinar. Y el otro peligro resulta en particular acuciante para aquellos saberes que se ocupan de obras clásicas, como es el caso de la filosofía (al menos en su vertiente historiográfica). Tratándose de estas producciones acabadas y ejemplares, que han logrado sobrevivir a la ruina del tiempo y tienen así un estatuto «trans-histórico», parecería que es posible hacer *tabula rasa* del contexto concreto que las motivó e interpretarlas desde la presunta autonomía que ellas mismas exhiben. Pero, como sostiene Racionero, esto no obsta para que su razón de ser resulte inseparable de las singulares circunstancias bajo las cuales se forjaron. Ciertamente, por un lado, ninguna obra nace como obra clásica (de modo que las causas de su gestación, lejos de ser intemporales, se muestran radicalmente históricas); y, por otro lado, ninguna obra clásica merece conservar esa condición si no se la devuelve una y otra vez (en un gesto también radicalmente histórico) a su estado naciente. Ambas premisas —la exigencia de una rigurosa contextualización histórica y el cruce de documentos procedentes de lo que hoy consideramos distintas ramas del saber— fecundan en este trabajo justamente eso: la posibilidad de asistir al

nacimiento de los grandes hitos del pensamiento griego de una manera que renueva la comprensión de su estatuto en el conjunto de la antigua civilización helena, y por tanto la de su contribución al diseño de Occidente.

De acuerdo a la tesis central que articula esta propuesta, la filosofía surge en el seno de una polémica, en la que comparte su protagonismo con otros dos contrincantes. Muy lejos queda aquí aquel lema positivista del «paso del mito al *lógos*», según el cual en la Jonia de comienzos del siglo VI a. C. habría brotado el germen de una razón única y universal, que rápidamente habría desplazado y superado a toda otra forma de pensamiento racional. En efecto, a la hora de enfocar este acontecimiento, convendría poner entre paréntesis no sólo muchas de las convenciones historiográficas actuales, sino también las explicaciones ofrecidas por la doxografía griega de las épocas clásica y helenística, cuyo sesgo casi siempre obedece a patrones ajenos al mundo arcaico. Racionero arranca de los substratos más antiguos de la cultura griega (las tablillas en Lineal B, los poemas homéricos y hesiódicos y la primera poesía lírica), para rastrear en ellos, en la dirección en que lo hiciera G. Colli<sup>2</sup>, las diversas concepciones del «saber» labradas por este pueblo desde tiempos prehistóricos.

Y es que la polémica mencionada remite, en última instancia, a la articulación entre «saber» (o «saberes») y «poder político». El escenario en cuestión hunde sus raíces en los llamados siglos oscuros (XI a IX a. C.), cuando, tras la caída de las monarquías micénicas, empiezan a formarse pequeñas comunidades ciudadanas —las *póleis*— donde el poder es objeto de un reparto, de una publicidad y también de una rivalidad hasta entonces inéditas. Esta «fragmentación de la soberanía»<sup>3</sup> (primero, entre la asamblea de los guerreros; después, y en el caso de algunas ciudades-estado, entre la totalidad de los ciudadanos), esta posibilidad igualitaria de intervenir en las decisiones políticas y de sancionarlas, junto con las tensiones que ello acarrea, plantea una pregunta difícil de responder: ¿de qué depende la voluntad común de la ciudad ahora que ésta deja ver tantas partes como intereses confrontados entre sí?, ¿qué instancia es capaz de arbitrar la unidad de los múltiples grupos en conflicto?, ¿qué tipo de educación podría favorecer la cohesión social?

---

<sup>2</sup> G. Colli, *El nacimiento de la filosofía*, Barcelona, Tusquets, 1977.

<sup>3</sup> Cf. J.-P. Vernant, *Los orígenes del pensamiento griego*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, pp. 51-60.

Siguiendo la clave proporcionada por Racionero, Grecia dio a este problema, no una, sino tres respuestas diferentes, las cuales disputaron entre sí en un diálogo complejo y dilatado en el tiempo. La más antigua de ellas remite a un modelo de corte *religioso y aristocrático*, bajo el cual se instituyeron inicialmente las democracias arcaicas. Aquí la pauta para la resolución de los conflictos viene dada por el ejemplo excelente de las familias nobles, las cuales personifican la esencia de cada *pólis*, justo en virtud de su exclusivo vínculo con los dioses protectores de la misma. La poesía —una pieza fundamental de la educación en el mundo griego— constituye el principal portavoz de este paradigma; y en particular, la tragedia (por ejemplo, la perspectiva de Esquilo en la *Orestíada*). Ya desde comienzos del siglo VI a. C. se va abriendo paso una segunda posición ante el problema mencionado: el modelo *retórico*, que en el siglo V recibirá el aval del exitoso movimiento sofista. Dicho planteamiento, surgido y madurado a la par que las nuevas prácticas assemblearias, constituye toda una reacción frente a la vieja moral aristocrática: sus mentores sostienen que el único criterio de las decisiones políticas es el consenso obtenido a través de la discusión, la argumentación y la persuasión, de modo que el poder sólo puede residir en la palabra... y en aquel que sepa usarla.

Simultáneamente a las revoluciones propiciadas por tales ideas, se perfila la respuesta propia del modelo *filosófico*, el tercero en discordia. La filosofía también rompe con la cosmovisión religiosa tradicional, pero al mismo tiempo marca claramente sus distancias frente al incipiente movimiento retórico. Desde esta óptica, la organización de la *pólis* no puede depender ni de la voluntad de los dioses ni del consenso entre los hombres, sino de las leyes ingénitas e imperecederas, inmortales e indestructibles que estarían inscritas en la naturaleza. Tal y como argumenta con solidez Racionero, al apelar a esta verdad permanente, autónoma, esencial, los primeros filósofos estarían recuperando los atributos propios de las monarquías micénicas, bien que con el giro decisivo —decisivo para todo Occidente— de situar ahora tales atributos en un reino independiente tanto de los dioses personales como de los mortales: la esfera de la *phýsis*. Frente a la fragmentación del poder político y su peligro de disolución, se afirma ahora que la soberanía —la *arché*— se encuentra oculta en la naturaleza, como un tesoro eterno e imperturbable, que puede ser sacado a la luz por medio de una específica forma de conocimiento.

Con esta carta de navegación, Racionero recorre las principales estaciones del pensamiento griego arcaico y clásico (el mundo alejandrino, por sus singulares características, es tratado con parámetros diferentes), procurando situar, en cada caso, la perspectiva adoptada por la filosofía en esta batalla de tres cabezas. La presentación que acabamos de ofrecer no es más que un esquema. Como descubrirá el público de *La inquietud en el barro*, la definición y el papel de cada uno de estos modelos racionales experimenta modulaciones relevantes en función de los cambios políticos vividos por la Grecia de esta época. Así, si el modelo retórico encuentra su oportunidad histórica en la Atenas de la Pentecontecía, con el triunfo de la democracia radical, en cambio la filosofía levanta su mejor vuelo al atardecer, con el fracaso de dicha democracia (Platón), e incluso con el fracaso de la propia *pólis* (Aristóteles), es decir, cuando ya ha caducado el contexto problemático que provocó su nacimiento.

No es posible reflejar aquí los numerosos aspectos concretos de Parménides, los sofistas, Sócrates, Platón o Aristóteles que, gracias a esta iniciativa hermenéutica, quedan iluminados de una manera nueva, inquietante, provocativa a veces. Pero sí es posible señalar un último factor por el que, a nuestro juicio, ocurre esto: Racionero no sólo explica las posiciones filosóficas como respuesta o pregunta al modelo religioso o al modelo retórico, sino que también concede la palabra a estos dos últimos, tomando en serio sus razones y sin prejuizarlas de antemano. En el fondo, quizás el principal motivo por el que importa volver a asistir a este combate del que somos remotos descendientes —y hacerlo con una mirada amplia y rigurosa, como la que nos proporciona *La inquietud en el barro*— sea la circunstancia de que «mientras duró la historia de Grecia, el triunfo de la razón filosófica permaneció en tablas»<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Q. Racionero, *El discurso de los reyes. Lecciones en torno al origen de la filosofía en Grecia*, Madrid, Universidad Complutense, Edición escolar, 1991, p. 61.

